



Lima, Palacio de Torre - Tagle, sede del Ministerio de Relaciones Exteriores del Perú.

La OEA y la reinstauración de la democracia en el Perú

María Cristina Zuleta de Patiño



El auto golpe de 1.992

Para nadie es un secreto que la Organización de los Estados Americanos, OEA, ha desempeñado, según el momento histórico, relevantes papeles en la democracia peruana. En algunas oportunidades han sido cuestionados, pero en otras, como el más reciente, han sido plenamente exitosos.

Sin lugar a dudas, con ocasión del autogolpe del 5 de abril de 1.992, la OEA, bajo la égida del Secretario General, João Baena Soares, jugó un papel que aún hoy es cuestionado por los peruanos. Sin embargo, conviene recordar que el presidente Alberto Fujimori apareció sorpresivamente en la Asamblea General reunida en Barbados, justificando su decisión como una consecuencia del te-

Embajadora de Colombia en
el Perú desde marzo de
1.999



rorismo y la corrupción, y comprometiéndose a promover reformas para el fortalecimiento de la democracia que, por supuesto, no se llevaron a cabo.

Para la mayoría era impensable que el autogolpe estuviera dirigido a controlar desde el Poder Ejecutivo la prensa, el Congreso y el poder judicial, entre otros. ¡Qué paradójico resulta que ese auto golpe fuera después utilizado para afectar -acabar, si se nos permite decirlo sin temor a equivocarnos- la democracia peruana!

Desde el Servicio de Inteligencia Nacional (SIN), el asesor Vladimiro Montesinos instauraba una corrupción sin antecedentes en la historia del Perú.

El mandato de Windsor

Ante las serias irregularidades cometidas en las elecciones de mayo del 2.000, para las cua-

les el gobierno de Fujimori utilizó toda clase de mecanismos con el fin de hacerse reelegir para un tercer período, la Asamblea General de la OEA, reunida en Windsor (Canadá), acordó enviar una misión de alto nivel al Perú, conformada por el Secretario General, Dr. César Gaviria y por el Ministro de Relaciones Exteriores de Canadá, Sr. Lloyd Axworthy, después de largas negociaciones. El papel que jugó el canciller de Colombia, Dr. Guillermo Fernández de Soto, para llegar a un consenso, fue determinante.

La misión tendría como propósito fundamental lograr que el gobierno de Fujimori convocara a unas nuevas elecciones, libres y transparentes. La decisión de la Asamblea se adoptó ante los hechos inequívocos de fraude electoral denunciados por el Ex Canciller guatemalteco, Eduardo Stein, quien como Jefe de la Misión de Observación Electro-

ral había puesto de manifiesto que las elecciones habían sido manipuladas y controladas desde el gobierno, impidiéndole al pueblo peruano una elección libre y democrática.

La Misión de Alto Nivel acordó con las fuerzas vivas de la Nación una agenda inicial de 29 puntos que deberían ser discutidos por los representantes del gobierno con los miembros de los partidos de oposición. Actuarían como garantes los miembros de la sociedad civil, tales como las organizaciones de derechos humanos, la Iglesia, los sindicatos y el Defensor del Pueblo.

Entre los puntos de la agenda se contemplaban cuatro grandes reformas:

1. Reforma de la administración de justicia, fortalecimiento del Estado de Derecho y separación de poderes.
2. Equilibrio de los derechos humanos y la seguridad.
3. Reforma electoral.
4. Fiscalización y balance de poderes.

Así mismo, otros aspectos vinculados al fortalecimiento de la democracia.

La Mesa de Diálogo

Sin lugar a dudas, el instrumento de la Mesa de Diálogo

fue fundamental y definitivo para el fortalecimiento de la democracia en el Perú. Allí, las decisiones se tomaban por consenso, tanto entre los representantes del gobierno, como en los de la oposición. Ésto, inequívocamente, llevó a éstos últimos a unirse en acuerdos de carácter político que retornarían al país a una democracia que había sido usurpada a los peruanos desde el gobierno mismo.

La Mesa de Diálogo cohesionó a la oposición que venía de manera desarticulada combatiendo al gobierno de Fujimori, sin lograr nada concreto. Por lo demás, el gobierno utilizaba todo tipo de conductas indebidas e ilícitas para socavar a quienes se enfrentaban al régimen. Uno de ellos era el candidato Alejandro Toledo.



El gobierno, a través de dineros y prebendas, manejaba a su arbitrio a los congresistas

Para la mayoría era impensable que el autogolpe estuviera dirigido a controlar desde el Poder Ejecutivo la prensa, el Congreso y el poder judicial, entre otros. ¡Qué paradójico resulta que ese auto golpe fuera después utilizado para afectar la democracia peruana!

oficialistas, imponiendo así con sus mayorías las decisiones de carácter legislativo que consideraba necesarias para perpetuarse.

La Mesa de Diálogo resultó incomoda para el Presidente, por lo cual en varias oportunidades los delegados presidenciales trataron de condicionar su funcionamiento a la aprobación de leyes que contemplaban amnistía para los militares, incluyendo soterradamente

los actos de corrupción.

Entre tanto, los escándalos del gobierno que poco a



poco salían a la luz pública hacían imposible la permanencia de Fujimori en el poder. El país veía con estupor cómo desde el SIN el asesor presidencial Vladimiro Montesinos había pagado millones de dólares a congresistas, periodistas, jueces, militares y políticos, para garantizar la reelección fraudulenta. Sin lugar a dudas, las denuncias hechas por la OEA con respecto al fraude electoral, sumadas a las del ilícito envío de armas desde el Perú para fortalecer a la guerrilla colombiana de las FARC, así como la presentación en los medios de comunicación de los cassettes (los famosos

“vladivideos”) que mostraban a Montesinos corrompiendo funcionarios, resultaron definitivos en la estruendosa caída del régimen. La pregunta es: ¿Qué hubiera pasado en el Perú si se cae el régimen sin unos partidos políticos cohesionados gracias a la Mesa de Diálogo?

La solución a la crisis

Sin la Mesa, el desenvolvimiento de la historia peruana habría sido completamente distinto al momento de la renuncia de Fujimori; de lo contrario, era improbable llevar a la jefatura del gobierno a un presidente transitorio de una manera civilizada y pacífica.

Gracias a la forma armónica como venían trabajando los miembros de la oposición en la Mesa, buscando acuerdos que fortalecieran la democracia y permitieran el ejercicio de los derechos ciudadanos, se lograron los acuerdos necesarios para salir de la crisis sin que los enviones dirigidos por el gobierno que se caía pudieran evitarlo.

La presencia de todas las fuerzas políticas en la Mesa permitió que el Congreso removiera a las directivas impuestas por el régimen. La oposición, por primera vez en diez años, controlaba la Rama Legislativa eligiendo al

congresista Valentín Paniagua como presidente del Congreso, y luego como primer mandatario, cumpliendo así la norma constitucional y restableciendo la democracia sin derramar una gota de sangre, a pesar de las difíciles circunstancias.

Hacia un futuro promisorio

La OEA se estaba jugando en Perú una carta arriesgada porque, de no resultarle el experimento de la Mesa de Diálogo, el futuro de la Organización se tornaría aun más incierto. Cuando el Secretario General Gárriga decidió aceptar su papel como miembro de la Misión de Alto Nivel, sabía que de lo que ocurriera en el Perú dependería la subsistencia misma de la Organización.

Los críticos de Gárriga, profesionales algunos de ellos, le auguraban un rotundo fracaso a la Mesa y la criticaban desde sus inicios, como llamando a su desgracia y prematuro fallecimiento. ¡Qué equivocados estaban!

Los detractores jamás pensaron que la OEA pudiera lograr lo que parecía un imposible físico: cohesionar a toda la oposición y obligar al Gobierno moribundo a hacer concesiones. La OEA se la jugaba toda con el apoyo de sus paí-

ses miembros. Los peruanos habían decidido apuntalarse en la Organización como mecanismo civilizado para la solución de sus conflictos. La comunidad internacional, por su parte, demostraba con hechos concretos que los gobernantes no pueden impunemente socavar el sistema democrático.

Ha quedado claro para los países del continente americano que la democracia siempre reacciona de manera más fuerte que sus enemigos, porque ella se sustenta en la voluntad inequívoca de las mayorías.

Democracia y terrorismo

El 11 de septiembre de 2001 se reunía en Lima la Asamblea Extraordinaria de la OEA, convocada para aprobar la Carta Democrática cuyo texto había sido propuesto en junio, en San José de Costa Rica, por el entonces Canciller Javier Pérez de Cuéllar. En las horas de la mañana, el mundo se estremecía con los ataques terroristas contra los Estados Unidos.

El Secretario de Estado norteamericano, Colin Powell, veía, al igual que los demás cancilleres de los países miembros, las imágenes que mostraban al mundo, en directo, el feroz

ataque contra los Estados Unidos, agresión ésta que cambiaría la historia.

Sin embargo, antes de regresar a su país para afrontar la crisis, Powell se hizo presente en el recinto donde se reunían los delegados, revelando en su rostro la honda preocupación. La Asamblea estaba presidida por el canciller peruano, Diego García Sayán, quien meses atrás había jugado un papel fundamental en la Mesa de Diálogo. Allí también llegaba el Presidente de la República del Perú, Alejandro Toledo, ciudadano que había enfrentado con valentía al régimen fujimorista, aún poniendo en riesgo su propia vida. El panorama se completaba con la presencia del Secretario General Gárriga, quien también meses atrás se la había jugado toda en lo personal y en lo institucional por la democracia peruana.

Powell agradeció a los asistentes la solidaridad expresada al haber aprobado por unanimidad una proposición presentada por el Canciller de Colombia, Guillermo Fernández de Soto y Valderrama.



El Secretario de Estado norteamericano se dirigió a la Asamblea, manifestando que el mejor tributo que podría hacerse a la democracia sería aprobar sin dilaciones la Carta. Así, se procedió unánimemente entre los estruendosos aplausos de las delegaciones y, por supuesto, del Secretario General de la OEA.

Los países del hemisferio cuentan desde el 11 de septiembre pasado con un instrumento fundamental para la preservación de la democracia, cuando quiera que ella se vea amenazada. Los pueblos americanos reaccionaban así de manera civilizada y enfática contra las agresiones terroristas. La OEA nuevamente jugaba un papel fundamental, teniendo como sede a la ciudad de Lima y al pueblo peruano como testigo.

A esa hora, en Tokio, probablemente el expresidente Fujimori estaría recordando amargamente su último encuentro con el Secretario General Gárriga, cuyo rostro adusto plasmado en una foto que dio la vuelta al mundo, reflejó la firme determinación de lograr el retorno al Estado de Derecho en el Perú. •